

Una historia precaria: barrio, religión, cárcel y familia desde el punto de vista de un (ex) pandillero guatemalteco

Paolo Grassi
Universidad de Padua (Italia)

Palabras clave:

etnografía, Ciudad de Guatemala,
pandillas, historias de vida.

Resumen

Tomando en cuenta una larga entrevista conducida con Mike (nombre ficticio) —un (ex) pandillero del Barrio 18 salido de una prisión guatemalteca en febrero 2011—, el artículo discutirá cuatro argumentos principales: la relación precaria de Mike con su barrio y con las nuevas generaciones de pandilleros que lo habitaban; el papel de la religión en la única estrategia transitable para intentar un rescate social y una posible, aunque siempre incierta, “reinserción”; la función de la cárcel en este proceso de reconfiguración identitaria; la familia, sus hijas y su futuro. Este artículo dejará espacio al “flujo de consciencia” de Mike, intercalando a sus palabras solo unos puentes narrativos y algunas necesarias contextualizaciones.

Presentar a Mike

Mike fue liberado de una cárcel guatemalteca en febrero 2011 a la edad de 28 años. Acusado de un asesinato que resultó no haber cometido, esperó durante siete años a que la justicia guatemalteca siguiera su curso, reuniendo pruebas para exculparlo. A la pandilla 18 ingresó cuando tenía ocho años, pasando del robo de autos a misiones más importantes, ascendiendo lentamente en la estructura jerárquica de su grupo. Fue guardaespaldas de un traficante de drogas —me dijo— y, en los últimos años, “palabrero” de una clicca de la capital.

Después de salir de la cárcel, pasó las siguientes tres noches en una pensión en el centro de Ciudad de Guatemala, gracias a la ayuda de algunos empleados de un programa de reinserción social con el cual yo estaba trabajando desde el principio del año 2011.¹ En ese momento, Mike no tenía nada: algo de ropa, un poco de dinero, ningún documento, excepto la copia de un permiso de trabajo que le fue otorgado en prisión. En el barrio en el que vivía, quedaban aún algunos amigos y una mujer con dos hijas que lo esperaban. Allí, sin embargo, Mike no quería volver: por miedo —me dijo— no tanto de ser asesinado por miembros de su pandilla o por los de la pandilla rival, sino de caer en lo que él llamaba el “mal”, es decir, la tentación de cometer nuevamente un crimen. Mike quería apartarse, vivir lo más lejos posible de todo lo que representaba su pasado.

Mike, en prisión, aprendió a hacer origami, a tejer bolsas, a trabajar hierro y madera. Durante la detención, descubrió al Dios que revolucionó su vida. Siguiendo un proceso de

conversión, se quitó los tatuajes que llevaba en la cara, quemándolos con colillas de cigarrillos o remachándolos con una máquina artesanal sin tinta. Bajo el ojo derecho, todavía se podía reconocer el signo de una lágrima negra, marca de la muerte de un ser querido. La primera vez que lo vi, tenía una Biblia debajo del brazo. Intercalaba sus narraciones con versos citados y canciones que hablaban de la redención.

Luego de su liberación, Mike pasó tres noches en un hotel. Posteriormente, fue acompañado a un área periférica de la ciudad, donde se ubicaba la sede de una asociación evangélica que trabajaba para la recuperación de drogadictos. En ese lugar, Mike esperaba conocer a alguien que pudiera guiarlo, tal vez ofrecerle un trabajo, un nuevo proyecto de vida en el que invertir sus energías. Sin embargo, apenas unas semanas después, dejó la asociación. Los responsables le habían pedido que no saliera del centro. Pero, después de siete años de cárcel, esta prohibición resultó insostenible para él. Frustrado, Mike eligió la calle nuevamente, en nombre de su dignidad. Regresó a la casa de su esposa y de sus hijas. Se mudó al barrio al que nunca habría querido volver.

En el barrio se vio obligado a una vida segregada, entre la búsqueda desesperada de un trabajo y el temor de ser vengado por sus antiguos compañeros.

Encontré a Mike muchas veces durante mi investigación de campo. En septiembre de 2011, después de siete meses de libertad, no había conseguido ninguna ocupación. Los empleados del programa de reinserción que habían negociado su liberación le ofre-

1 Entre 2008 y 2013, llevé a cabo una investigación etnográfica financiada por la Universidad de Verona (Italia) en la Ciudad de Guatemala, enfocada en el tema de las maras. El trabajo de campo se basó en la práctica de la observación participante y el uso de entrevistas semiestructuradas. Estas fueron realizadas en tres diferentes espacios urbanos: un asentamiento, una cárcel y un barrio cerrado (cfr. Grassi, 2005).

cieron colaboraciones ocasionales dentro de su proyecto, pero esto no le garantizaba una fuente de ingresos estable. Mike parecía decepcionado y desanimado. Lo entrevisté en la sede del programa de reinserción social. Nuestro diálogo se enfocó en cuatro temas: la relación precaria con su barrio y con las “nuevas” generaciones de pandilleros que lo habitaban; el papel de la religión en la única estrategia transitable para intentar un rescate social y una posible, aunque siempre incierta e insegura, “reinserción”; la función de la cárcel en este proceso de reconfiguración identitaria; la familia, sus hijas y su futuro.²

“Solo entré”: acercarse a la pandilla

*In most cases, the gang hardly needs to recruit, gang members said. The gang's community, its strong brand name and the individual's sense of vulnerability to the MS13 or another gang, rather than any pro-active efforts by the gang itself, are what lead to a near endless stream of recruits.*³

Insight Crime & CLALS (2018)

La afiliación a una pandilla representa un proceso multifacético que combina factores micro y macrosociales.⁴ Dinámicas migratorias, urbanización, pobreza, estigmatización y la presencia de altos índices de criminalidad en el territorio son dimensiones que no pueden ser excluidas completamente del análisis de sus causas.⁵ Por supuesto, estos conceptos están más “lejos de la expe-

riencia”, es decir, son menos explícitos en las narraciones de los jóvenes pandilleros o expandilleros. Mike difícilmente podría haber declarado que se fue aproximando al mundo de las maras condicionado por el marco socioeconómico guatemalteco. En cambio, interpretaba sus acciones diarias a través los factores microsociales de los cuales, en cambio, tenía conocimiento concreto.

—¿Dónde naciste? (Le pregunto a Mike, encendiendo mi grabadora portátil).

—En [una municipalidad del departamento de Guatemala].

—¿Cuántos años tienes ahora?

—Tengo 28 años.

—¿Dónde pasaste tu infancia?

—La pasé en prisión, durante mucho tiempo [...]. A la edad de 12 años empecé a hacer cosas que no debía; hasta ahora, a la edad que tengo, me he dado cuenta de que la vida me ha golpeado en muchas formas. Allí sí me pongo a pensar que desperdiicé mi tiempo en algo que no era bueno, ¿va?

—¿A la edad de 12 años qué pasó? ¿Por qué ya te agarraron?

—Me llevaron por vender drogas y me llevaron detenido. Tres años tuve que hacer.

2 La entrevista fue grabada el 12 de septiembre 2011.

3 “En la mayoría de los casos —según los mismos pandilleros—, la pandilla difícilmente necesita reclutar personas. La comunidad de la pandilla, su reputación y el sentimiento individual de vulnerabilidad frente a la MS13 o a otra pandilla son los factores que favorecen un flujo continuo de reclutas, y no los esfuerzos proactivos de las mismas pandillas” (Insight Crime & CLALS, 2018, p. 34).

4 Entre estos factores, se destacan la desorganización social de los barrios, la presencia de pandillas en sus entornos, la falta de oportunidades económicas y sociales, la frecuentación de pandilleros y la ausencia de instituciones convencionales. Causas específicas relacionadas a las trayectorias biográficas de los jóvenes pueden también influir en esta decisión (Covey *et al.*, 1997).

5 Hagedorn (1998).

—¿Dónde te mandaron?

—A San José Pinula.

—¿Cárcel de menores?

—Cárcel de menores.

—¿A qué edad te fuiste de tu casa?

—A los ocho, hui de mi casa porque había problemas en mi hogar. Muchas discusiones. Sentía que lo mejor era irme yo, para no estar escuchando las discusiones, sin saber que a lo largo me iba a perjudicar a mí.

—¿Te fuiste al mismo barrio donde estaba tu familia?

—Me fui para la zona X [de la capital].

—¿Cuánto de quedaste allí en la zona X?

—La mayoría de mi edad. Como ocho años, 10 años puede ser que estuve perennemente acá en la capital. De allí volví a ir a prisión.

—¿A qué edad?

—A los 22 años.

—¿Entre los 12 y los 22 no fuiste a la prisión otras veces?

—No, solo estas dos veces.

—¿Cómo te contactaron para empezar a vender droga?

—Porque una persona tenía la venta a la par del cuarto donde yo vivía y las personas que le vendían ya estaban detenidas o algunos estaban muertos y como no había opción de otra persona que tuviera confianza, me dio la confianza a mí para vender.

—¿Te pagaba bien?

—Sí, ganaba bien. En aquel entonces ganaba 100 quetzales [aproximadamente 13 dólares] por turno de 7 de la mañana... de 7 a 7, 24 horas.

—¿24 horas trabajando?

—Un día de descanso, un día se trabajaba.

—¿Se vendía acá en el centro?

—En el centro, en la 9.^a y en la zona 17.

—¿Cuándo empezaste a involucrarte en una pandilla?

—Ya a los ocho era pandillero. Yo miraba que las cosas eran fáciles haciendo cosas que no debía, pero me perjudicaron bastante.

—¿Y en la pandilla cómo entraste?

—Solo entré. Sin necesidad de que alguien me forzara o nada, solo yo fue voluntariamente que entré. Porque honestamente me sentía solo. Era un hogar desintegrado con mi familia. Me decía que yo no necesitaba una familia, pero no era así. Me sentía solo y necesitaba estar con alguien y me involucré dentro de las pandillas, sin saber que no era bueno lo que estaba haciendo.

—¿Cómo encontraste a estas personas?

—Aquí en la zona X. Ellos andaban así como yo, bajando... y al unimos empezamos a pensar cosas y unos pensaban y otros lo hacían y otros mandaban, hasta cuando nos fuimos hundiendo y hundiendo y hundiendo. Otros se iban a las cárceles, otros se iban al cementerio.

—¿Cuánta gente había...?

—Entre los que estuvimos en este tiempo, había bastante y dentro de ellos son pocos los que quedan vivos. Otros andan en otros lados, otros son cristianos, otros están buscando la manera de poder... por sus vidas, pero es bastante difícil.

—¿Qué pandilla era? ¿La 18?

—La 18.

“Es una cadena”: generaciones pandilleras en comparación y su relación con el barrio

*In other words, maras represent a particular kind of hybrid gang culture that combines certain U.S. gang practices with local dynamics. To this extent, the transnational nature of the maras is more imagined than real, at least in the present, and is based on a particular migratory origin and a number of common international reference points.*⁶

Hazen & Rodgers (2014)

En los últimos veinte años, las pandillas centroamericanas han cambiado sustancialmente, es decir, han ido más allá de una dimensión local, de vecindario, articulándose en organizaciones más estructuradas. La función protectora que las pandillas garantizaban a su propio territorio y, en consecuencia, a los estratos más pobres de la población urbana ya no existe. Sin embargo, no es posible afirmar que la ambigüedad de la relación entre pandilla y residentes de sus barrios haya desaparecido. En el asentamiento donde trabajé, por ejemplo, a pesar de los hechos de violencia causados por una guerra entre dos

clicas rivales y el clima generalizado de miedo, los habitantes no habían totalmente abandonado sus actitudes empáticas y comprensivas hacia algunos pandilleros. Por otro lado, el vínculo simbólico de las maras con los barrios sigue siendo un elemento fundamental de su interacción e integración.⁷

—¿Qué cambió en los últimos años? Antes uno miraba el grupo de batos en la calle, vacilando.

—Ahora ya no, ahora es diferente todo. Ahora no se pueden tatuar para... más discreción para ellos. Pero así lo viví yo cuando me involucré en todo eso. Sí, todos andábamos tatuados en la cara y todo. Ahora nos damos cuenta de que era un gran error, pues, estarse tatuando. No lo creíamos hasta que ahora lo vivimos en carne y hueso. Nos damos cuenta de que nos perjudica de una y otra forma, no estamos seguros. De un rato al otro, nos pueden dar en la madre.

—¿Ahora casi no se miran...?

—Muchos han muerto, toda la mayoría ha muerto. Ahora son puros patojos los que andan allí.

—¿Otra generación?

—Otra generación.

—¿Y esta nueva generación tiene relaciones con los viejos?

—Pero todos los viejos están en prisión, todos están encerrados, ellos mandan a las calles. Todos, toditos están en prisión, pero sí es bastante interesante saber que muchos de ellos no saben que ellos —los que están en prisión—

6 “En otras palabras, las maras representan un tipo particular de cultura pandillera híbrida, que combina prácticas pandilleras estadounidenses con dinámicas locales. En este sentido, el carácter transnacional de las maras es más imaginario que real, al menos en la situación actual, y se basa en un origen migratorio específico y en un número de puntos de referencia internacionales comunes (Hazen & Rodgers, 2014, p. 4).

7 Cfr. Rodgers (2009).

están condenados con bastantes años, que no pueden salir, y como es tanta la maldad, mandan a los patojos a hacer para que ellos también los acompañen allí en prisión [...]. Ellos dicen que no hay miedo, pero sí hay miedo. Por miedo es que hacen muchas cosas. Porque gente que diga que sea gruesa, estas son mentiras. Muchas de las personas matan por miedo. Si alguien te amenaza y te dice: “Te vas a morir”, ya te pones a pensar: “Púchica, esto me va a matar”. Compras un arma y antes de que te mate, mejor lo mataste, por temor a que te vaya a hacer algo y por eso muchos matan por miedo, no porque sean más que los demás.

—¿Tú encontraste una explicación sobre esta guerra? ¿Qué sentido tiene matarse así?

—Con nosotros —en el sentido del 94 para el 2000— era diferente, porque peleábamos territorios. Por ejemplo, si era de [una ciudad del departamento de Guatemala], no dejaba que otras personas de otros barrios llegaran allí a querer levantar su barrio. Les tirábamos, o sea, teníamos una balacera entre ellos contra nosotros, porque no te puedo decir cuántos se mataban. Se tiraba, pero no sé cuantos han muerto. Pero sí, yo cuidaba mi colonia, que nadie anduviera extorsionando, que nadie anduviera robando por allí mismo, porque nosotros éramos de allí y a la hora de que pasara algo, a nosotros nos reventaban la bronca y nos iban a traer los policías y nos llevaban a prisión. Por ejemplo, nosotros no hacíamos nada de eso y la gente nos apoyaba en aquel entonces, pero ahora todos andan robando, ahora hasta mujeres, niños y todos roban por lo mismo.

—¿Extorsionan a su mismo barrio?

—Extorsionan a su mismo barrio, hasta a sus propios familiares, hasta, por ejemplo, si tienes tu esposa y tu esposa sabe que tú ganas buena plata y no la sacas ni a pasear, ¡hasta ella misma

te puede extorsionar! Hay muchas formas de poder hacer muchas cosas y ahorita que nosotros estamos viviendo y hemos vivido todo lo que se está viviendo, nos damos cuenta de que el mundo está contaminado de mucha maldad. Nadie puede parar eso, nadie lo puede parar. Nadie lo puede parar.

—¿No se puede?

—El cambio lo hace uno. Si quieres cambiar, tienes que poner un alto a lo que estás haciendo, pero nadie te va a venir a decir: “Mira”, o te ofrece esto y lo otro, nadie te ofrece. Mientras caes en la trampa y a lo largo, te puedes dar cuenta de que sigues estando en el mismo lugar. Pero como decía yo a un cuate que era predicador: “Puedes orar, puedes llorar, puedes gritar, puedes irte a lo más lejos del país y puedes darte cuenta de todo lo que has hecho. Regresas, puedes darte cuenta de que estás en el mismo lugar ¿Por qué? Porque nadie puede cambiar a alguien que en realidad ha estado en algo difícil”.

Por ejemplo, muchos de los que están en prisión, ellos tienen 40 años de prisión, por ejemplo, 50 años, y ya piensan que no van a salir. Pero si ellos le hacen un alto a estos 40 años, 50 años, 70 años que tengan y empiezan a clamar al Señor, a Dios, que lo saquen de este lugar, él lo hace [...].

—Me estabas hablando de la relación entre pandilla y comunidad. Me dijiste que se perdió esta relación.

—Ah, sí. Por ejemplo, como te digo, antes peleábamos nuestro territorio, que no se fuera a meter otro barrio a nuestra colonia, ni otra persona que consumía droga a robar allí en la colonia, porque al que robaba o algo, allí lo mandábamos a otro lado, a otro mundo. Porque si nosotros dejábamos que él robara y

nosotros tatuados, tal vez nosotros no habíamos robado, pero como habían robando...

—Les echaban la culpa...

—Ajá. Nos echaban la bronca a nosotros y, para evitar esto, mejor lo matábamos o algo así por el estilo.

—¿Y hay relaciones entre grupos diferentes, clicas diferentes?

—Sí, claro, muchas clicas había [...].

—¿Tú ves otras diferencias en las pandillas de hoy?

—Ahora no se miran [por la calle] y cuando se miran es porque van a matar a alguien, de lo contrario no se ven.

—¿Por qué no se miran? ¿Por qué ya están haciendo cosas diferentes?

—Porque así son las reglas de ellos, no “darse color” [no exponerse], ni darse a conocer. Si se dan a conocer es porque van sobre alguien, de lo contrario no tienes que darte a conocer.

—¿Y se hacen más negocios?

—Se hacen más negocios o se hacen más problemas para ellos. Es difícil de entender eso, pero a la larga es grueso este problema. Sí, porque, como te digo, el tiempo que yo estuve en las pandillas, me pude dar cuenta de que todos los que estuvimos allí, algunos están vivos, los demás están muertos. Y como esto es de generación en generación, una generación se destruye... yo me cuadré [aquieté] y ellos se murieron y otros están en prisión y como no se quedaron todos, hubo alguien de ellos

que quedó, siempre estando allí, pero está en prisión, mandando a otros batos y estos batos mandan a otros. Es una cadena.

—¿Tú dónde llegaste? ¿Qué papel tenías?

—Yo llegué a segunda palabra, pero perdí mi tiempo por gusto, porque ¿qué me saqué con ser segunda palabra si no tengo nada? Porque ahora...

—¿Porque antes sí tenías muchas cosas, la posibilidad de encontrar algo, pero en una manera...?

—Una manera absurda. Ahora ya no, trato de hacer las cosas bien, pero me salen mal. Como ser humano piensa uno de estar mal, pero no. No quiere Dios que uno se pierda. Hay que echarle enfrente a seguir adelante porque nadie puede hacer nada por uno, solo uno es el que va a hacer las cosas por uno mismo. Si yo quiero cambiar, cambio; si no quiero cambiar, sigo; pero no es así. Hay que seguir adelante.

—¿Con gente de Estados Unidos, tenían relaciones?

—Sí.

—¿Deportados?

—No, ellos estaban allá, mandando también igual que acá. Y los que vienen deportados, por lo mismo. Porque como allá planchan y quieren venir a mandar aquí, y los de aquí no los aguantan.

**“A mí me sacó de la prisión”:
la religión como única forma posible
de “reinserción” social**

*Gang intervention programs target active gang members, while gang reinsertion programs often connect ex-gang members with legitimate work. Neither intervention nor reinsertion proved especially productive. Both are time-intensive strategies with no immediate payoff. They often target troubled adults who have long histories of poverty, substance abuse, and social exclusion. Success stories are hard to find and even harder to maintain.*⁸

O'Neill (2015)

Salir de una mara no es fácil. Esta elección implica riesgos considerables para la seguridad de quienes la realizan. La protección del grupo se pierde, a veces se convierte en persecución. Dejar una pandilla implica un proceso de redefinición profunda de la identidad que no siempre es totalmente factible. “Eres marero por la vida”, como me dijeron varios interlocutores durante mi trabajo de campo, incluidos pandilleros no activos o “cuadrados”. Sin embargo, abandonar la pandilla es, en ciertas condiciones, un proceso aún viable.⁹

Fuera de la pandilla, hay muchos obstáculos que superar. Entre estos, los dos principales están representados por la discriminación y la falta de oportunidades de empleo. En Guatemala, la distribución de los ingresos sigue siendo muy desigual, ya que el 20 % más rico de la población utiliza más del 51 % de los consumos totales del país. Más de

la mitad de la población está por debajo el nivel nacional de pobreza y el 23 % de la población vive en la pobreza extrema.¹⁰ El sector informal representa el 70 % de la población activa.¹¹

Bajo estas condiciones, Dios a menudo se convierte en la única entidad que es posible invocar y la conversión es la única oportunidad socialmente aprobada para la reintegración.¹² La historia de Mike, en este sentido, es ejemplar.

—¿Dónde encontraste a Dios?

—*Allí en la prisión lo encontré a él. Me “embartolaron” [encerraron], porque a mí me condenaron a una condena de 40 años y hubo alguien... en esa “bartolina” [calabozo], como ahorita que estamos acá encerrados, decía yo en mi misma desesperación: “Si en verdad tú eres hijo de Dios, sácame de este lugar. Si en verdad dices que eres poderoso y si en verdad tú bajaste de la cruz —y podías bajar de la cruz— para que nosotros nos fuéramos sanos, y si en verdad eres poderoso, sácame de este lugar porque quiero servirme en las calles, quiero agradarte”.*

Y hasta la fecha aquí estoy y sigo buscando a Dios, sigo teniendo la esperanza y la seguridad en él y el refugio en él, porque sé que tarde o temprano él me va a dar lo que en verdad me quiere dar, no lo que yo quiera. Porque yo puedo querer muchas cosas, pero si él no

8 “Los programas de intervención se dirigen hacia los miembros de las pandillas, mientras que los programas de reinserción muchas veces conectan a expandilleros a trabajos legítimos. Ni los programas de intervención ni los de reinserción se revelaron muy efectivos. Los dos necesitan mucho tiempo y no tienen resultados inmediatos. Frecuentemente, se dirigen hacia adultos que tienen largas historias de pobreza, abuso de sustancias y exclusión social. Las historias exitosas son pocas y es difícil darles seguimiento” (O'Neill, 2015, pp. 188-189).

9 ERIC, DIRINPRO, NITLAPÁN, IDIES e IUDOP. (2004); Cruz (2006); Demoscopia, S. A. (2007).

10 CIA (2019).

11 PNUD (2015).

12 Cfr. Brenneman (2011). El libro es una investigación sociológica sobre experiencias de conversión de pandilleros (de homies a “hermanos” cristianos) en Guatemala, Honduras y El Salvador.

quiere, no me lo da. Él va a darme lo que quiera, no lo que yo quiero.

Pero todos los que escuchan lo que estoy diciendo a través de esta grabación que piensen las cosas antes de poder actuar en algo que no deben de hacerlo. Primero ponerse el dedo en la boca, para poder pensar qué es lo que van a decir, porque no puedes soltar y decir y hacer las cosas contra los impulsos, porque puedes fallar, porque uno como ser humano puede fallar, pero él que nunca te va a fallar, es Cristo Jesús, porque vive y permanece para siempre, por los siglos de los siglos y de generación en generación, él es Dios y nunca va a cambiar. Lo que puede cambiar es alguien que puede escuchar eso, que puede ponerse a meditar [...]. Yo los animo a través esta grabación para que ellos busquen de Dios, porque la solución para los problema solo es Cristo Jesús y no hay nadie más. En una mujer no vas a encontrar la salvación; en un amigo no vas a encontrar la salvación; en las drogas, en el alcohol, en nada material vas a encontrar la salvación; la vas a encontrar a través de Cristo Jesús.

Pero tienes que entregarle tu corazón a él, para que él haga la obra. Porque si nosotros, como yo... yo anhelo y muchos de los amigos que están en la calle y muchos que están con una bolsa de pegamento, muchos que están en los puntos [de venta de drogas], muchos que están en prisión, anhelan, anhelan que tú llegues y compartas la palabra que Dios te ha dado, para que compartas el amor que Dios te ha dado y por eso Dios significa amor, porque lo que Dios te ha dado no se puede contener.

Hay que soltarlo, para que los demás [comprendan] que Jesús es amor, porque lo ha liberado a uno de la esclavitud, porque yo antes era esclavo del pecado, yo era esclavo de todo. Ahora soy servidor de nuestro Señor Jesús Cristo, porque les sirvo a muchas personas, no materialmente, pero sí espiritualmente, los

exhorto a que busquen a Dios porque dice: "Primero buscar el reino de los cielos, que todo se te dará por añadidura".

Pero muchos de nosotros buscamos primero las cosas materiales sin saber que a través de eso puedes perder tu vida [...]. Si nosotros buscamos de Dios, Dios va a hacer la obra en cada uno de nosotros, pero también tenemos que ayudar a los necesitados, no importa qué tan perducida, que tan "shuca" [sucia] está la persona en la calle. Hay que dar gracias por lo que hemos recibido.

Dios nos sacó de la prisión, por ejemplo, a mí me sacó de la prisión. Yo tengo que hacer más que los demás. Tengo que ayudar a los que en verdad lo necesitan. Porque muchos ahorita necesitan que alguien les regale un vaso de agua, alguien que les lleve palabras, mientras que muchos de nosotros estamos... acostados, estamos desgastando nuestras energías por algo insignificante, mientras que muchas personas necesitan nuestro apoyo. Muchas personas se están muriendo por una sobredosis, porque no les han llevado la palabra, mientras tienes palabra para poderlos exhortar. Estás perdiendo tu tiempo. Cuando uno en realidad es cristiano, busca de Dios y comparte el amor que Dios le ha dado a uno para poder hacer la diferencia donde quiera que uno pase. Porque nosotros tenemos que hacer el cambio a través de todo lo que tenemos, en verdad, dentro de nuestro corazón.

“La cárcel lo va cambiando a uno”: la función de la prisión en el proceso de reconfiguración identitaria de Mike

La droga, el licor y los ilícitos son parte del pasado, gracias a Dios y al proyecto de cero tolerancia de las autoridades del sistema penitenciario, hoy estamos mejor que ayer.

Texto de un rótulo colgado por las autoridades carcelarias en el cortil interno de una granja penal guatemalteca.¹³

En el año en que Mike fue liberado, Guatemala contaba con unos 11,000 detenidos, según los datos de World Prison Brief. Este número prácticamente se ha duplicado en el espacio de seis años (más de 21,000 en 2016).¹⁴ En 2004, el mayor número de privados de libertad en las cárceles guatemaltecas eran jóvenes de entre 18 y 35 años (67.38 %). Este porcentaje aumentó un 16.14 % en cinco años desde 1999.¹⁵ Solo en 2006, hubo 23,990 arrestos de jóvenes de entre 18 y 29 años. La experiencia de Mike es similar a la de muchos otros jóvenes crecidos en los barrios marginales de Guatemala. Su camino dentro del sistema penitenciario siguió el mismo de muchos otros pandilleros: traslados, abusos continuos, el respeto forzado de las jerarquías internas y de las relaciones de poder.

—¿Tú entraste directamente en la cárcel de [nombre de una prisión guatemalteca]?

—*Primero estuve en la zona 18 detenido, estuve... primero me metieron al sector 6. Del sector 6 —yo era muy rebelde— me sacaron y me metieron a otro sector. Igual, la misma historia, no me soportaban, me sacaban y pasé todos los sectores de la zona 18. Todos, todos. Y todos me conocían porque era muy rebelde. Al año me trasladaron para Pavón [...]. No me aceptaron ni en Pavón. Me retacharon otra vez para zona 18 y de la zona 18 llegó otra vez mi traslado para Xela [Quetzaltenango], es una granja que está en Xela. Allí no me aceptaron tampoco en la población y estuve en una bartolina solo. Había otros pandilleros, pero tampoco*

ellos me aguantaban. Yo era muy insoportable, por eso te digo que si yo cambié, pueden cambiar todos.

—¿Pueden cambiar todos?

—*Pero tienes que poner de primero a Dios, porque Dios... Uno solo con sus propios medios y sus propias fuerzas no puede. Pero como te digo...*

—Entonces de Xela te fuiste...

—*De Xela me fui para [nombre de una cárcel]... De allí cumplí mi condena y me fui libre.*

—¿Allí qué pasa? ¿Uno entra y como primera cosa los de la población [carcelaria] miran si tú eres pandillero?

—*Ah, te miran... ya saben. Media vez tu forma y tu... [...].*

—¿Y por qué la población no quiere a los cholos?

—*Porque antes [los pandilleros] nos metían con la población, pero como yo, rebelde y ya un montón rebeldes como yo, todos los pandilleros han sido rebeldes, no solo yo. Todos, todos, todos llevan eso, de su misma rebeldía. Por la misma rebeldía es que lo van apartando.*

—¿Ahora en esta cárcel que tú dijiste hay unos pandilleros en la...?

—*En la población.*

—¿Hay muchos? ¿Por qué?

13 Notas de campo, 27 de octubre de 2011.

14 World Prison Brief (2018).

15 PDH (2006).

—Por lo mismo. [...] Allí donde están las bartolinas solo pandilleros hay, los más peores, los insoportables, los de la población no los quieren a ellos. Para ellos no hay trabajo, no hay estudio, no hay nada [en la cárcel]. [...]

Mucha gente que va a prisión, les echan años, les dan una condena y si son bastante años, ellos saben que ya no van a salir, se empiezan a tatuar todo, todo, porque dicen: “De todos modos me voy a morir, hago lo que yo quiera con mi vida”.

Pero si ellos se pusieran a pensar que hay alguien que en realidad los puede sacar de allí y clamaran y buscaran a Dios, los puede sacar... como Dios me sacó a mí, porque yo tuve la confianza en el Señor y él me sacó, sin el apoyo de mi familia.

Allí, yo vivía en la primera bartolina de la ventana, que ahora es una celda de castigo, dicen, no sé. Allí vivía yo en esa celda, cuando me vine libre. Yo hacía bolsas para carteras y todo eso y se las daba a Juan. Un día como que se engasó, no me dio el dinero de las ventas. No le dije nada. “Pero sí no vas a pedirme nada, un favor, nada”, le dije. Él me robó para fumar [...]. Después necesitaba de mí: “Mira, fíjate que no tengo para la comida, préstamelo”, y me quiso asaltar, pero yo lo golpeé y lo puse en su lugar... De allí me empezaron a respetar. [...] Yo lo único que quería era que no se metieran conmigo, porque yo quería buscar a Dios...

—Para salir...

—Buscar la manera para salir. Y de repente ya todos empezaron a verme que sí yo estaba cambiando. Ya no me involucraba con ellos, no jugaba ni fútbol, ni nada, solo leyendo la Biblia. A lo largo se dieron cuenta de que yo buscaba a Dios, de día y de noche. Durante tres meses pasé clamándole al Señor. Y en estos tres meses me vine libre. Ellos no lo podían creer.

Cuando yo le dije a [uno de los pandilleros encarcelados]: “Yo me voy a despedir”.

Los llamé a todos y les dije: “Miren, la verdad es que yo quiero hablar con todos ustedes. Compren unos litros, compren pan, vámonos a comer”. Empezamos a comer. “¿Y por qué es esto?”, me preguntaron. “Entren allí a la bartolina, empiecen a agarrar lo que ustedes quieran, agarren todo”, dije. “¿Y por qué?”. “Yo me voy libre” [...].

Así que “benedícite” [sic] a Dios, a Dios no le gusta que uno lo venda. Si nosotros negamos a Dios, él también nos va a negar a nosotros. Él no va a decir que no nos conoce. En cambio, si nosotros ponemos el nombre en alto de él, a donde quiera él nos va a ayudar y no importan las circunstancias, ni el color, ni nada, ni los tatuajes hacen a la persona; son los hechos y las acciones. Porque como yo, yo tenía mi cara tatuada y me quité todos los tatuajes.

—Sí, me contaste que te quitaste todos los tatuajes.

—Con cigarros, con máquina, haciendo un montón de cosas.

—Con máquina...

—Con máquina para hacer tatuajes, pero sin tinta. Pero la verdad es que ahorita estoy cuadrado, ya no me meto en problemas, ni nada, me siento feliz, aunque no tenga dinero, me siento feliz. Porque la paz que yo iba buscando, la buscaba a través de drogas, alcohol, mujeres y todo eso, y nunca encontré la paz. Ahora que tengo a Cristo en mi corazón, me siento tranquilo, de esta paz que he buscado y ahora la tengo. [...]

Es bastante difícil vivir en prisión, porque todos los días se vive lo mismo. Todos los días se come lo mismo.

—El “pusho” [el aburrimiento].

—El pusho le pega a uno y si uno se levanta engasado quiere dominar al otro. Hace poquito hubieron problemas [...].

Yo sí trabajaba, porque me apoyaron los de sistema penitenciario. El director me apoyó y todo eso, me ayudó y trabajé en herrería y carpintería, y así era como sobrevivía yo, para poder alimentarme, para poder vestirme. Porque aunque estés en prisión, tienes que ver qué haces. No puedes quedarte de brazos cruzados, porque si te quedas de brazos cruzados, nadie te va a decir: “Tienes”. Es difícil, tienes que trabajar para poder obtener, al igual acá en la calle. Tienes que obtener algo, tienes que trabajar, no puedes andar haciendo cosas que no debes, porque si no te espera el cementerio o la cárcel [...].

Cumplí mi tiempo y me fui. Jamás iba a entrar otra vez, ya no hacía las cosas como las hacía antes. Pensaba, ya no era el mismo. La cárcel lo va cambiando a uno, como que lo pone más en qué pensar a uno. Ya uno no hace las cosas así: “Me voy a ir [morir]”. “No, mejor no voy”, dice uno, por lo mismo, se detiene uno a no hacer las cosas malas.

“Uno es escoria para la sociedad”: la familia, las hijas, el futuro

[...] The global gang is part of the continuum of crime and revolt that defines the new horizon of geopolitics in the twenty-first century. Indeed, from the standpoint of the abandoned and betrayed youth in our ghettos and favelas, we are all living in “failed” states, and we should not be surprised by the angry social combustion

*that accompanies the economic polarization of the new gilded age.*¹⁶

Mike Davis en el prefacio de Hagedorn (1999)

La religión ofreció a Mike un universo simbólico dicotómico, dividido entre el bien y el mal, un sistema de valores claro y accesible y, sobre todo, la convicción de poder alcanzar el perdón y la redención social. En la última parte de nuestra conversación, Mike me habló de su familia, de sus dos hijas, de la esperanza de construirse un futuro diferente. Sin embargo, la incertidumbre es la sensación más palpable y evidente que se puede destacar desde sus palabras.

—Ahora tú que estás cuadrado, ¿te permitieron eso?

—No, esas son mentiras. Eso yo mismo lo hice, porque ya estoy cansado de seguir haciendo algo que no debo. Tengo hijos y los hijos piden pan y si no tengo, ¿qué le voy a dar? Si me miran con la botella [pueden decir]: “Quiero ser como mi papá”. Si me miran con un arma: “Quiero ser como mi papá”. Pero si me miran con la Biblia, ellos también van a querer ir a la iglesia y sería más esencial que vayan a la iglesia y que no agarren una botella, ni un arma. Por eso estoy haciendo esto.

Me preguntan ellos: “¿Por qué te tatuaste?”. “Ahorita que me bañe, se me van a quitar”, les digo. Así los tengo, así los tengo, porque como son tan pequeños, no les puedo decir algo que no debo, porque es como volver a lo mismo.

—¿Cuántos años tienen?

16 “Las pandillas, a nivel global, son parte de un *continuum* criminal que define un nuevo horizonte geopolítico del siglo XXI. De hecho, desde el punto de vista de los jóvenes abandonados y traicionados de nuestros guetos y favelas, todos vivimos en estados «fallidos» y no debemos sorprendernos de la furiosa combustión social que acompaña la polarización económica de la nueva era dorada” (Hagedorn, 1999, p. XVII).

—La nena más grande tiene 11 años. Está grande, está más alta que yo, sí. Tengo otra de nueve.

—¿Y te preguntan...?

—Todos me preguntan. Cuando salgo a la calle: “Papito, ¿dónde vas a ir?”. “Para allí”, [les respondo]. “Apúrate, no te vas a tardar”. Y no quieren que salga.

—¿Ellos saben?

—Saben que yo ando peligrando. Porque uno es escoria para la sociedad; pero sí, hay que tratar la manera de poder seguir adelante. Yo lo único que te puedo decir es que todos los jóvenes... no se deberían involucrar entre pandillas, ni en drogas, ni en alcohol, ni nada por el estilo; mejor sería involucrarse por ser líderes de jóvenes, para poder hacer el cambio, con las demás personas, porque es necesario que nosotros hagamos la diferencia y el cambio, porque nadie puede venir a cambiar las cosas, es uno el que tiene que cambiar las cosas para poder hacer la diferencia. Si seguimos estando en lo mismo, nunca vamos a pasar de... mejor poco pero seguro, aunque sea trabajar de tirar basura, pero saber que tienes aunque sea para las tortillas, para poder llevarles un vaso de agua a tus hijos. [...]

Pero si andas robando, sabes que vas a seguir robando. Piensas que vas a robar, pero, al revés, si te van a matar, ¿qué vas a llevarles a tus hijos? Vas a causarles dolor, porque uno se muere y ellos son acá dolidos. Eso mismo, ese dolor puede que ellos puedan agarrar el mismo camino que uno les ha demostrado. En cambio, que ellos vean ese camino, mejor cerrar la puerta, que digan que uno es tonto, que uno es huevón, pero hay que tener la certeza en Dios, nada más [...].

—¿Tu familia era allá de [nombre de una ciudad del departamento de Guatemala] o vino de otro lado?

—Ellos son de aquí, de [nombre de una ciudad del departamento de Guatemala].

—¿Ya no tienes contactos con ellos?

—Bien, pero no mucho. Soy yo el que los llamo, para saber cómo están, porque yo fui el arquitecto de mi propio destino. Yo no tengo que echarle la culpa a ellos, porque sería injusto. Yo busqué mi propio camino, busqué mi propio destino. Mi destino era morir en prisión, pero Dios no quiso. Dios quiso que saliera para poder buscar de él y trabajar y ser alguien de ejemplo, porque hay pandilleros también que andan robando y todo, y ellos saben que fui 18 y solo se me quedan viendo y me hacen... me saludan y me quieren hablar, pero yo trato... yo les doy por donde, para que no me hablen, me llevo a una tienda, me llevo a la otra. Solo salgo a hacer mi compra y me entro y no salgo, no salgo.

—¿Entonces ya encontraste en la calle a...?

—Sí, pero no me involucro con ellos. Trato la manera de hacerlo así, para que ellos sepan que en realidad ya no soy. Ellos sí son, pero yo no. Ellos sí tienen que ser, porque si uno hace cosas que no debe, como que le apachan la cola a uno. Mejor seguir adelante. Yo sé que, tarde o temprano, Dios me va a dar lo que él quiere, no lo que yo quiera [...]. Porque muchos, por olvidarnos de donde Dios nos sacó... te recuerdas de que cuando salí de prisión me fui para allá a buscar de Dios, porque yo estaba agradecido con él. Ahorita tengo 15 días, no, ocho días de no ir a la iglesia, pero no me he olvidado, sigo hablando de él, porque él es grande. [...] Tengo la fe y la esperanza de que el señor me va a dar algo. Nunca es tarde para empezar de nuevo, nunca.

—Eres joven todavía. Ahora tú tienes 28 años.

—*Es tiempo de poder hacer el cambio.*

—Pero necesitas... lo sé que es muy difícil, pero poco a poco.

—*Poco a poco van a ir bien las cosas, no de repente. Porque si nos vamos rápido nos vamos a tropezar y puede ser que ya no levantemos. Mejor despacio... y yo sé que así va a hacer. [...]*

Ahora yo busco un trabajo, si están todas las puertas cerradas, por lo mismo, que no te dan trabajo porque has sido de lo peor, ¿va? Es difícil entender y comprender que uno cuando anda por este mundo, contaminado por mucha maldad, se da cuenta de que en realidad lo que sus padres a uno le decían era cierto, era real, pero uno no entendía, hasta cuando se da cuenta de que está encerrado entre cuatro paredes. Allí se puede dar cuenta de que es cierto lo que sus padres de uno le dicen, ajá.

Dos reflexiones conclusivas

Releyendo las palabras de Mike siete años después de nuestras conversaciones, surgen esencialmente dos reflexiones. La primera es de carácter metodológico. No sé si todo lo que me contó Mike responde a la verdad. Y esto, en cierto modo, no me importa. Me interesa más bien la autenticidad de su narración y su carácter “performativo”, una narrativa testimonial de “redención” por estilo y forma, se podría decir. Mike seguramente era un expan-

dillero de la 18, antes encarcelado en una prisión guatemalteca, en ese entonces protagonista de un camino incierto de “reinserción” social, basado en un proceso de conversión religiosa e identitaria. Al mismo tiempo, Mike sabía con quién estaba hablando y cuál era el objetivo de la persona que tenía enfrente: básicamente, escribir una tesis sobre las maras de su ciudad. Para él yo representaba uno de los varios investigadores europeos o norteamericanos llegados a su país para conocer un fenómeno social todavía inexplorado a nivel científico y, al mismo tiempo, mediatizado y estigmatizado por los discursos dominantes nacionales e internacionales. A través de mi “gesto” antropológico, Mike tomó la palabra y expuso su punto de vista sobre algunos temas. Sí, fue él quien tomó la palabra, acordando una entrevista, aceptando que yo me sentara a su lado y encendiera la grabadora. Fue él quien me involucró en su red relacional, quien quiso establecer un “vínculo emergente”, declamando su historia de vida y su conversión.¹⁷ Entonces no fui yo quien le dio “la voz”. Esta agentividad de Mike emerge de manera evidente en un punto preciso de nuestro diálogo, cuando él se refiere a un posible público externo, “al aquí y al ahora” de la situación etnográfica (“... todos los que escuchan lo que estoy diciendo a través de esta grabación...”). Creo entonces que entre la veracidad y la autenticidad de nuestra conversación se posiciona tanto el valor científico de este texto como su autoridad antropológica y, al mismo tiempo, la oportunidad de construir un discurso alternativo que evite una postura voyerista, o “pornográfica”,¹⁸ en la

17 Sobre ese tema, remito a la posición del antropólogo francés Gérard Althabe y a su problematización del papel del investigador en relación con sus interlocutores. Figura poco conocida en el mundo académico fuera de Francia, Althabe es uno de los primeros antropólogos que analiza reflexivamente su papel en relación con el de sus interlocutores. Las conclusiones a las que llega son bastante innovadoras. Lo que le importa en el proceso de investigación no es comprender cómo el antropólogo se acerca a los interlocutores, sino comprender cómo estos últimos estructuran la definición de él, como antropólogo, implicándolo en su propia red de relaciones (cfr. Althabe, 1969).

18 Sobre el concepto de “pornografía de la violencia”, véase el famoso texto de Bourgois (1995).

medida en que el discurso está fundado sobre una relación profunda (aunque limitada en el tiempo) entre dos actores sociales.

La segunda reflexión —fuertemente vinculada a la primera— es de carácter histórico y social. Esta entrevista fue grabada en el 2011. No fui el primer antropólogo en hacer una investigación sobre las pandillas guatemaltecas, ni tampoco el último. Desde 1988, año de publicación de *Por sí mismo*, texto seminal —aunque puramente histórico— escrito por Deborah Levenson,¹⁹ hasta hoy,²⁰ se fue formando un corpus literario (antropológico y no) que ha tomado en cuenta la posibilidad y la oportunidad de dialogar con estos grupos de jóvenes para buscar la manera de comprender sus prácticas, sin que ello implique aceptarlas o justificarlas de antemano. Por otro lado, en varias ocasiones, los miembros de pandillas han tácticamente disfrutado estas situaciones de investigación (y paralelamente los medios de comunicación) para exponer su punto de vista, tomar públicamente palabra, establecer sus agendas políticas. Recuerdo, por ejemplo, cómo Denis, “extranflero” de la 18 encarcelado en la prisión donde realicé parte de mi estudio, frente a la posibilidad de ser entrevistado, me dio la bienvenida en su celda, extrayendo de inmediato una gran cantidad de documentos de prueba de una esquina. Parecía conocer muy bien los mecanismos legales del sistema penitenciario guatemalteco. Quería apelar a la Corte Interamericana de Derechos Humanos con el apoyo de algunos familiares que residían en Los Ángeles. Esperaba que yo también pudiera ayudarlo y por eso había aceptado hablar conmigo.

En consecuencia, la entrevista de Mike puede ser interpretada, prospectivamente, como una fuente primaria parte de un momento histórico específico, un testimonio de una fase de desarrollo de un fenómeno social dinámico y variable. Por otro lado, la entrevista recalca unos elementos de continuidad, destacables también en la literatura contemporánea sobre el fenómeno. Son los elementos que he acentuado e introducido a través de los puentes narrativos y de las contextualizaciones y que reenvían a algunos trabajos últimamente publicados, especialmente en la producción académica anglosajona: el carácter multifacético del proceso de afiliación a una banda juvenil; la recién articulación y estructuración de las pandillas centroamericanas; la función de la prisión en la dinámica de reconfiguración identitaria de los pandilleros; las dificultades y la incertidumbre relacionada a las concretas posibilidades de “reinserción” social frente a una fuerte discriminación existente contra los expandilleros y la falta de oportunidades de empleo; el papel de la religión.

Sin embargo, por encima de todo, las palabras de Mike enfatizan una cosa sola: la lucha cotidiana de un actor social que quiere construirse un futuro diferente, a pesar de la estrechez de los espacios de acción que se le han concedido.

Referencias bibliográficas

Althabe, G. (1969). *Oppression et libération dans l'imaginaire. Les communautés villageoises de la côte orientale de Madagascar*. París: Maspero.

19 Levenson (1988).

20 El último trabajo en orden cronológico es probablemente el del antropólogo estadounidense Anthony Fontes (2018).

- Bourgois, P. (1995). *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Brenneman, R. (2011). *Homies and Hermanos. God and Gangs in Central America*. Oxford, NY: Oxford University Press.
- CIA. (2019). *The World Factbook. Central America. Guatemala*. Recuperado de <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/gt.html>.
- Covey, H. C., Menard, S. & Franzese, R. J. (1997). *Juvenile Gangs*. Springfield, IL: Charles C. Thomas.
- Cruz, J. M. (Ed.) (2006). *Maras y pandillas en Centroamérica. Las respuestas de la sociedad civil organizada, IV*. Managua: UCA.
- Demoscopia, S. A. (2007). *Maras y pandillas, comunidad y policía en Centroamérica*, Guatemala: ASDI, BCIE.
- ERIC, DIRINPRO, NITLAPÁN, IDIES e IUDOP. (2004). *Maras y pandillas en Centroamérica. Políticas juveniles y rehabilitación*. Vol. III. Managua: UCA.
- Fontes, A.W. (2018). *Mortal Doubt: Transnational Gangs and Social Order in Guatemala City*. Oakland, CA: University of California Press.
- Grassi, P. (2015). *Il limbo urbano. Conflitti territoriali, violenza e gang a Città del Guatemala*. Verona: Ombre corte.
- Hagedorn, J. (1998). *People and Folks: Gangs, Crime and the Underclass in a Rustbelt City*. Chicago: Lakeview Press.
- Hagedorn, J. (1999). *A World of Gang. Armed Young Men and Gangsta Culture*. Mineápolis: University of Minnesota Press.
- Hazen J. M. & Rodgers, D. (Eds.). (2014). *Global Gangs. Street Violence across the World*. Mineápolis: University of Minnesota Press.
- Insight Crime & Center for Latin American & Latino Studies (CLALS). (2018). *MS13 in the Americas. How the World's Most Notorious Gang Defies Logic, Resists Destruction*. Recuperado de <https://www.insightcrime.org/wp-content/uploads/2018/02/MS13-in-the-Americas-InSight-Crime-English-3.pdf>.
- Levenson, D. (1988). *Por sí mismo. Un estudio preliminar de las "maras" en la ciudad de Guatemala*. Guatemala: AVANCSO.
- O'Neill, K. L. (2015). *Secure the Soul. Christian Piety and Gang Prevention in Guatemala*. Oakland, CA: University of California Press.
- Procuraduría de los Derechos Humanos (PDH). (2006). *Observatorio guatemalteco de cárceles. Segundo informe*. Guatemala: Autor.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2015). *Documento del programa para Guatemala (2015-2019)*. Guatemala: Autor.

Rodgers, D. (2009). Slum wars of the 21st century: Gangs, *Mano Dura*, and the new urban geography of conflict in Central America. *Development and Change*, 40(5), pp. 949-976. Recuperado de <https://core.ac.uk/download/pdf/96042.pdf>.

World Prison Brief. (2018). *World Prison Brief data. Guatemala*. Recuperado de <http://www.prisonstudies.org/country/guatemala>.